DON SABINO

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

original de

D. EDUARDO JACKSON CORTÉS.

Estrenado por primera vez en el teatro de Variedades la noche del 16 de Octubre de 1882.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
2766

MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR
calle de Atocha. 111, *segundo*.

1882.

PERSONAJES.	ACTORES.
D.ª Irene.......	D.ª Concepcion Rodriguez.
Isabel.......	Luisa Rodriguez.
Petra.......	Juana Espejo.
D. Sabino.......	D. Juan José Luján.
Eduardo.....	Andrés Ruesga.
Manuel.......	Manuel Muñoz.
El Sr. Aguado..	Francisco Povedano.
Joaquin........	Victorino Perdiguero.

Por derecha é izquierda se entiende la del actor.

LA ACCION EN MADRID.

Esta obra es propiedad de D. Enrique Arregui, y los representantes de la Biblioteca lírico-dramática son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion, del cobro de los derechos de propiedad y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imprenta de Álvarez hermanos, San Pedro, 16, Madrid.



ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada. Puertas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL y PETRA, *ambas mirándose al espejo.*

PETRA. ¡Qué batas más parecidas!
ISABEL. La verdad es que hemos tenido casi el mismo gusto, y que así, al pronto, cualquiera nos confundiría.
PETRA. ¡Ojalá hubiéramos estado tan acertadas en la eleccion de maridos!
ISABEL. ¿Qué quieres decir?
PETRA. Que ninguna de las dos hemos tenido gran acierto.
ISABEL. No son tan malos.
PETRA. Malos no; pero ¡qué genios!
ISABEL. Tú aun estás á tiempo.
PETRA. No; ya es tarde. Mi palabra empeñada, los papeles corrientes; todo dispuesto...
ISABEL. Dices bien. Y sobre todo, doña Irene, tu señora madre y mi respetable tia política, está consentida en que tu boda y la suya se celebren en un mismo dia.
PETRA. De hoy á mañana debemos tomarnos los dichos.
ISABEL. Pues hija mia, ¡paciencia y paciencia! Es lo único que te puedo aconsejar.

722700

PETRA. Lo mismo te digo.
ISABEL. Y no es que yo esté arrepentida. Eduardo me quiere mucho; es muy hombre de bien. No tiene más defecto que su carácter adusto y sus malditos celos.
PETRA. Precisamente, los mismos defectos de don Manolito. El otro dia me armó el escándalo hache porque le abrí la puerta al aguador.
ISABEL. Detalle digno sólo de mi señor don Eduardo... En fin, lo dicho, prima del alma; paciencia, y paciencia. *(Pausa corta.)* Lo que me extraña es que se case tu madre.
PETRA. ¿Qué quieres, hija? Se ha empeñado en ello...
ISABEL. Ya tendrá sus cincuenta.
PETRA. Y un piquito... pequeño. La misma que el novio.
ISABEL. ¿Dónde le conoció?
PETRA. Fué físico del regimiento que mandaba papá hace veinte años. Nosotras no le conocimos más que por las cartas que se escribían. Cuando mi padre quedó de reemplazo, él tomó su retiro y se estableció en Logroño. Hace quince dias vino á Madrid, atraido por las fiestas de San Isidro; como conservaba nuestras señas, vino á vernos, y mamá, por respetos á la amistad que le unía á su difunto esposo, le ofreció la casa. El aceptó sin vacilar: se hablaron, se gustaron... y ahí lo tienes.
ISABEL. Pues chica, yo, aunque sólo hace dos dias que estoy en la casa y que le trato, me parece un señor muy extravagante y muy raro.
PETRA. ¡Mi madre! Calla.

ESCENA II.

LAS MISMAS; DOÑA IRENE, *que sale por la segunda puerta izquierda.*

IRENE. ¡Hola, niñas!
ISABEL. ¡Adios, tia!
IRENE. Tia... Tia... Ese pícaro nombre parece que hace más viejas á las personas. ¿Y tu marido?

ISABEL. Salió hace poco. No tardará.

IRENE. ¿Y Manolito?

PETRA. No le he visto hoy.

IRENE. ¡Ay, qué jóvenes! ¡Parece mentira que á vuestra edad sintais un amor tan frío! ¡Jesus! Aprendan ustedes de mí. Aquí tienes á tu madre, que, á pesar de haber amado ya y de haber muerto aquel primer amor, hoy renace en su pecho el segundo, con igual fuerza que en los verdes años.

ISABEL. (La manía de todas las viejas.)

IRENE. Y don Sabino, ¿no ha vuelto?

PETRA. Todavía no.

IRENE. En ese espejo os debeis mirar. ¡Qué fino! ¡Qué atento! ¡Qué condescendiente! No hice más que indicarle que quería un botijo de San Isidro, y enseguida fué por él.

PETRA. Lo malo será que se le olvide.

ISABEL. O que traiga otra cosa en su lugar.

IRENE. ¡Qué disparate! Siendo para mí...

PETRA. No tendría nada de particular. Es tan olvidadizo....

ISABEL. Pues ¿y mal fisonomista?

PETRA. A Isabel y á mí siempre nos confunde.

ISABEL. Como á Eduardo y á Manuel.

PETRA. Siempre los equivoca.

ISABEL. Y algunas veces tienen gracia sus equivocaciones.

PETRA. ¡Yo no he visto cosa igual!

ISABEL. Tenga usted mucho cuidado, tia, porque los maridos tan mal fisonomistas son muy peligrosos.

PETRA. Ya lo creo. Puede equivocarse...

ISABEL. ¡Y hay equivocaciones tan funestas!...

IRENE. Vamos, vamos, niñas, que no es tanto. No tiene nada de extraño que las equivoque á ustedes, cuando casi tienen la misma edad y cuando van vestidas casi iguales.

ISABEL. En eso tiene razon.

PETRA. Pero ¿y Manuel y Eduardo?

IRENE. Como los dos son tambien jóvenes y los dos tienen bigotes...

ISABEL. ¡En fin, que para usted no tiene un pero!...

IRENE. ¡Qué ha de tener un pero!...
ISABEL. Más vale así, y que Dios se lo conserve muchos años.
IRENE. ¡Amén! (¡Estas pollas son insoportables! ¡Siempre con el mismo pío... pío!...)

ESCENA III.

LAS MISMAS *y* DON SABINO, *por el foro, tocando un pito de San Isidro.*

IRENE. ¡Ah! ¡Ya está aquí!
ISABEL. ¡Y pitando!...
IRENE. ¡Ha estado usted oportunísimo!
ISABEL. Parece usted un ruiseñor.
SABINO. ¿Qué me cuenta usted? *(Dá la mano á Isabel.)* ¡Buenos dias, Petrita! ¡Buenos dias, Isabel! *(Da la mano á Petra.)*
ISABEL. (Ya nos equivocó.)
IRENE. (¿Dónde lo traerá?) *(Observándole.)*
ISABEL. ¿Qué tal hoy de memoria?
SABINO. Como siempre. ¡Firme! ¡Invariable! Aquí tiene usted el botijo. *(Presentándole el pito á doña Irene.)*
IRENE. ¿Cómo el botijo?
SABINO. Digo, el pito.
ISABEL. ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Já!
SABINO. ¿No me dijo usted que se le había antojado un pito?
IRENE. ¡No, hombre! Un botijo, para tener el agua fresca.
SABINO. Pues es igual. Pita usted, y se refresca la boca soplando. *(Pitando.)*
IRENE. ¡Vaya una memoria!
SABINO. ¡Hoy, felicísima, señora, felicísima!
PETRA. ¿Y mis caramelos?
SABINO. ¿Caramelos me dijo usted, ó bombones?
PETRA. Lo mismo da.
SABINO. Aquí los tiene usted. *(Presentándole una caja con cápsulas de revólver.)*
PETRA. ¡Una cajita! ¡Muy bien!

IRENE. ¿Serán de Matías Lopez?
PETRA. ¡Jesus! *(Abriendo la caja.)*
ISABEL. ¿A ver? *(Mirando la caja.)*
IRENE. ¿Qué es ello?
ISABEL. ¡Cartuchos para revólver!
IRENE. ¡Cuando yo digo!..
SABINO. ¡Casualidad! Y no tiene nada de extraño.
PETRA. No, nada.
SABINO. Tenía que comprar cápsulas para el revolver... y ahí lo tiene usted.
IRENE. ¡Hemos estado afortunadas!
SABINO. ¿Conque eran caramelos lo que usted quería? *(A Irene.)* ¿Y usted un botijo? *(A Petra.)*
ISABEL. No, hombre. ¡Al revés!
SABINO. Sí, sí; ya lo sé. Pues señor, juraría que había dicho usted un pito! ¿Quién me ha encargado á mí un pito? *(Recordando.)*
PETRA. Algun niño.
ISABEL. Tal vez de su familia.
IRENE. No; si no tiene familia ninguna, ¿no es verdad?
SABINO. No señora; nunca he podido tener familia. Conque ¿un pito? Digo, ¿un botijo? Voy por él.
IRENE. ¡Qué disparate! ¡De ninguna manera! Había yo de consentir...
SABINO. Bueno, bueno; como usted quiera. Y mire usted, es una casualidad, porque yo no me equivoco tan fácilmente. Es decir, en el dia; si hubiera sido ántes, ya era otra cosa. ¡Antes tenía la memoria más infeliz!.. Algunos disgustos le proporcioné á su difunto esposo, mi amigo el coronel Aguirre.
IRENE. ¿Sí, eh?
SABINO. Un dia recuerdo que me pidió mi parecer, como amigo, acerca de su potro, que le partieron una pierna de un balazo; yo conocí que el único remedio era un tiro; y para evitarle un disgusto, le dije que yo me encargaba de su curacion. Poco despues vino un soldado con una muela careada... Pues, ¿qué creerán ustedes que hice? mandé sacar una muela al caballo, y le mandé

pegar un tiro al soldado. *(Todos se rien.)* ¡Qué! ¡Si era lo más desmemoriado!

ISABEL. Ya lo hemos visto.

SABINO. ¡Cómo! ¡Ah, ya! ¡Por lo del botijo! Casualidad, porque en el dia- no... Antes, ántes si que... Pues, ¿y mal fisonomista? Una mañana entró en mi cuarto el capellan del regimiento, cuando yo no estaba visible, y creyendo que era mi asistente, le pegué una bofetada que le volví loco.

IRENE. ¡Jesus!

PETRA. ¡Pobre capellan!

ISABEL. Quedaría satisfecho del recibimiento.

SABINO. ¡Ya lo creo!.. Gracias á que éramos amigos.

IRENE. Y dígame usted, ¿se ha curado completamente de esa falta?

PETRA. Sí, mamá; averígüelo usted bien.

SABINO. Completamente.

IRENE. Es que yo...

SABINO. ¿Lo duda? ¿No le digo á usted que eso era ántes?.. ¡Con la batahola de la vida militar!.. Pero despues que me retiré, con la tranquilidad y el sosiego han desaparecido por completo esos defectos.

PETRA. ¡Vamos!

ISABEL. Ménos mal.

IRENE. Gracias á Dios.

ISABEL. (Chica, lo dicho, tu futuro papá es un tipo original.)

PETRA. (¡Así lo creo!)

SABINO. (Pues, señor, por más que pienso, no me puedo acordar del encargo que me hicieron.)

ISABEL. ¿Y qué le ha parecido á usted San Isidro?

SABINO. Muy bien, Petrita.

ISABEL. ¿Cómo Petrita?

SABINO. Digo, Irene.

IRENE. ¡Qué!

SABINO. Digo, Isabel.

ISABEL. Siguen las equivocaciones.

SABINO. Yo no me equivoco nunca. Alguna vez... por casualidad... ¿Y Manolito, su esposo de usted?

PETRA. ¿Manolito? Si se llama Eduardo.

SABINO. ¿Qué me cuenta usted? ¡Ah! sí; es verdad; que Eduardo es el novio de Petra.

IRENE. ¡No, hombre! Eduardo es el marido de Isabel y Manolito el novio de Petra.

SABINO. Sí, sí, no se moleste usted. Si lo he comprendido perfectamente. Isabel es el novio de Manolito, y Petra el marido de Eduardo.

ISABEL. ¡Jesus!

PETRA. ¡Já! ¡Já! ¡Já!

IRENE. ¡Qué disparates!

SABINO. ¡Caramba! Es que ustedes me trabucan con tantas explicaciones. Repito que estoy perfectamente enterado.

ISABEL. ¡Basta que usted lo diga!

IRENE. ¡Tiene razon!.. Ustedes tambien... Hablemos de otra cosa.

SABINO. Sí, hablemos de otra cosa.

IRENE. ¡Qué tal! ¿Está usted satisfecho de su viaje?

SABINO. Sí, señora.

ISABEL. ¿No había usted estado nunca en Madrid?

SABINO. Nunca.

PETRA. ¡Es muy hermoso Madrid! ¿No es verdad?

SABINO. ¡Sí, hija mia, muy hermoso!

IRENE. Qué casas tan magníficas, ¿eh?

SABINO. Sí, magníficas.

ISABEL. ¡Cuántos teatros!

SABINO. Demasiados.

PETRA. ¡Cuántos paseos!

IRENE. ¡Qué multitud de diversiones!

SABINO. Sí, sí.

ISABEL. Aquí hay mucho dinero.

SABINO. ¿Qué me cuenta usted?

ISABEL. ¡Y mucho lujo!

PETRA. ¡Y mucha elegancia!

SABINO. ¡Y muchos pobres! A mí me dolía ya la boca de decir: *Dios le ampare á usted.* Tan usual se me hizo la frase, que á un caballero, en San Isidro, que me preguntó «¿qué hora es?» le dije *Dios le ampare á usted.*

IRENE. ¡Qué ocurrencia!

ISABEL. ¡Es chistosa!

IRENE. ¿Y qué ha visto usted en San Isidro?

SABINO. Pues ví... muchos cacharros... ¡mucha gente! Al llegar, tropecé con un borracho; á los veinte pasos, me encontré con dos. A un lado había una fiesta muy bonita.

ISABEL. Muy divertida, ¿verdad?

SABINO. Sí, muy divertida. Lo ménos veinte estaban dándose de cachetes y palos.

IRENE. ¿Y el órden público?

SABINO. ¿El órden público? No lo ví.

IRENE. Digo los agentes de la autoridad.

SABINO. ¡Ah! Como estaban á un lado, sin duda no los veían. *(Se queda distraido y pensativo. Pausa corta. Las mujeres hablan aparte.)*

ISABEL. (¿En qué pensará?)

PETRA. (¡En la mona de Pascua!)

SABINO. (Por más que cavilo, no puedo acordarme qué encargo me hicieron, y quién me lo hizo.)

IRENE. ¡Jesus! ¡Qué demonio de colmillo!

PETRA. ¿No se le ha pasado á usted, mamá?

IRENE. ¡Qué, hija! ¡Si estoy rabiando!

SABINO. ¿Le duele á usted algo?

IRENE. Este colmillo.

SABINO. ¿Qué me cuenta usted? Pues para eso tengo yo un remedio muy eficaz.

IRENE. ¿Algun jarabe?

SABINO. Sí señora; jarabe de gatillo.

IRENE. Mire usted cómo se menea. Parece una campanilla.

SABINO. ¡Eso en seguida está fuera! Yo me encargo de mandarle á usted á un chico que sirvió conmigo, y hermano de un comadron muy afamado, que viven en esta calle. De paso que aviso al comadron para esa otra señora, viuda tambien de un coronel, avisaré al dentista para usted.

IRENE. ¿Conque esa señora?...

SABINO. La he visto esta mañana, y creo que nos da el susto pronto.

ISABEL. ¿Y es viuda?

SABINO. Sí, de un coronel que murió hace dos meses. Tambien era amigo. Y la dejó... vamos, ya me entiende usted.

ISABEL. ¡Ya!

SABINO. Pero ¡qué extravagantes son las mujeres! Mire usted que ocurrírsele tal cosa despues de muerto el marido!...

IRENE. A propósito. Yo todo lo tengo dispuesto.

SABINO. ¿Qué me cuenta usted?

IRENE. Sí, señor; los papeles... el notario avisado... Hoy tenemos que ir á la vicaría. Y tú tambien, niña.

SABINO. ¡Está claro!

IRENE. Digo, si usted no tiene inconveniente.

SABINO. ¡Yo, ninguno!

IRENE. ¿No tiene usted nada que oponer?

SABINO. ¡Yo! Nada absolutamente.

IRENE. ¿Usted ha pensado sobre ello?

SABINO. Sí... *(Con indiferencia.)*

IRENE. ¿Usted me ha visto bien?

SABINO. Sí, señora.

IRENE. ¿Cree usted que seremos felices?

SABINO. ¿Y por qué no?

IRENE. ¡Cuánto lo deseo! Dispense usted si el rubor...

SABINO. Usted no tiene de qué ruborizarse.

IRENE. En una palabra; usted es el hombre que yo necesito.

SABINO. ¿Qué me cuenta usted?

IRENE. Con su permiso...

SABINO. Usted lo tiene.

IRENE. Vamos, niña.

PETRA. Voy, mamá.

IRENE. ¡Hasta muy pronto! *(Medio mútis.)*

SABINO. ¡Adios, señora!

IRENE. ¿Quiere usted darme la última prueba?

SABINO. ¿De qué?

IRENE. De su cariño.

SABINO. Usted dirá.

IRENE. Quítese usted las patillas. Los hombres barbudos me dan miedo. *(Con mucha coquetería.)*

SABINO. ¿Qué me cuenta usted?

IRENE. ¿Se las quitará?

SABINO. Me las quitaré. *(Indiferente.)*

IRENE. ¡Gracias... gracias!

SABINO. ¡No hay de qué! *(Vanse* IRENE *y* PETRA *por la segunda puerta izquierda.)*

ESCENA IV.

ISABEL. DON SABINO, *y á poco* EDUARDO *por el foro derecha.*

ISABEL. ~~Así me gusta. El hombre debe ser condescendiente~~. ¿Conque estamos de boda?

SABINO. Eso dicen.

ISABEL. ¿Cómo eso dicen? ¿Usted no está decidido? Doña Irene cuenta con usted.

SABINO. Hace bien. Un favor se hace por cualquiera. ¿Y su marido de usted?

ISABEL. Salió hace poco. No debe tardar.

SABINO. ¿Me dijo usted que estaba empleado?...

ISABEL. En las oficinas de Seguros.

SABINO. ¿Seguros de incendios? Allí tengo que ir. Y Manolito, ¿está tambien empleado?

ISABEL. En *La Correspondencia.*

SABINO. ¡Ya!

ISABEL. Es noticiero.

SABINO. Tambien tengo que ir á renovar la suscricion.

ISABEL. Todo lo tiene usted bien cerca.

SABINO. Me alegro. *(Sale Eduardo.)*

EDUAR. Buenos dias.

SABINO. Muy buenos.

EDUAR. ¿Qué hablabas con ese viejo? *(Cogiéndola de la mano y llevándosela aparte.* SABINO *sube al foro y se mira al espejo.)*

ISABEL. Nada de particular.

EDUAR. ¿Conque nada de particular?

SABINO. (Ya regañan. ¡Este Manuel tiene un génio!) ¿Qué hay de nuevo?

EDUAR. Nada. *(Muy adusto.)*

ISABEL. Eduardo, no seas grosero.

EDUAR. (¡Yo grosero! ¿Pues no dice que soy grosero?)

SABINO. Parece que viene usted de mal humor.

EDUAR. ¡Vengo... como vengo!

SABINO. ¿Qué me cuenta usted? (¡Es muy amable!) *(Siguen disputando por lo bajo, y ella le templa y acaricia.)*

EDUAR. ¡Déjame, Isabel!

ISABEL. ¡Vamos, hombre!
SABINO. (¡Petra le acaricia! ¡Qué descaro!)
EDUAR. Te he dicho que me dejes. *(Vase.)*
ISABEL. Oye, hombre... *(Siguiéndole. Vanse por la primera puerta izquierda.)*

ESCENA V.

SABINO.

Pero, señor, ¡qué inmoralidad! Petra y Manuel regañan y se acarician, y por último se van juntitos... ¡No hicieran más si estuvieran casados! ¡Es mucho Madrid! ¡Ya se ve! Con el ejemplo de esas obras dramáticas que se representan, ¡qué ha de suceder! ¿Y doña Irene? ¡Esa es otra! ¿Por qué querrá que me quite las patillas? En fin, me las quitaré. Así como así, ya me van dando mucho calor. ¡Abajo el ministerio! Digo, no: ¡Abajo las patillas! ¡Joaquin! ¡Joaquin! ¿Qué sería lo que me encargaron con tanto empeño?

ESCENA VI.

SABINO *y* JOAQUIN.

JOAQ. ¿Señor?
SABINO. ¡Dios te ampare!
JOAQ. ¿Qué?
SABINO. Digo, no: tráeme agua caliente para afeitarme. Tu tia política se empeña...
JOAQ. ¡Mi tia!
SABINO. Doña Irene... ¡El demonio! Lo mismo da.
JOAQ. Sí, lo mismo da. Voy al momento. *(Vase por el foro.)*

ESCENA VII.

SABINO, *y á poco* MANUEL.

SABINO. ¿Qué tal estaré yo sin patillas? *(Sube al foro, y se mira al espejo. Sale* MANUEL *leyendo* La Correspondencia. *Baja al proscenio y sigue leyendo, sin ver á don* SABINO.*)*

MAN. Decididamente renuncio al cargo de noticiero. No tengo yo carácter para meterme donde no me llaman, y romper sombreros á fuerza de saludos. *(Sigue leyendo.)*

SABINO. Este estúpido no viene con el agua caliente. *(Se vuelve y ve á* MANUEL.*)* ¡Habrá insolencia mayor! ¡Pues no le mando por el agua y se pone á leer! *(Se acerca á* MANUEL *sin ser visto.)*

MAN. (Lo mejor es que yo me despida. Así evito que el mejor dia me den un puntapié. *(En este momento* SABINO *le da un puntapié.)*

SABINO. ¡Toma, bergante!

MAN. ¡Ay!

SABINO. ¿Qué me cuenta usted?

MAN. ¡Le voy á matar! *(Coje una silla.)*

SABINO. Pérdoname, Joaquin; me he equivocado. Es una casualidad.

MAN. ¡Cómo Joaquin!

SABINO. Digo, Eduardo.

MAN. Yo no soy Joaquin ni Eduardo: yo soy Manuel. ¿Usted sabe lo que ha hecho?

SABINO. ¡Pérdoname, hombre! Repito que me he equivocado.

MAN. Si no fuera usted mi futuro suegro...

SABINO. ¡Yo!...

MAN. ¡Cómo! ¿Se vuelve usted atrás?

SABINO. ¡No hombre! No me vuelvo á ningun lado. Dispénsame...

MAN. Está usted dispensado. Pero hágame el favor de no volverse á equivocar.

SABINO. ¡Si yo no sé como ha sido! ¡Si yo no me equivoco nunca! Precisamente soy un fisonomista... En fin, Eduardo, ya lo sabe usted.

MAN. (A este hombre hay que dejarle ó matarle.) ¿Ha visto usted á Petra?

SABINO. Sí, hace un momento que estuvo aquí regañando con su amante, y por fin se fué con él.

MAN. ¡Cómo su amante! ¡Si su amante soy yo!

SABINO. ¿Qué me cuenta usted? Pues entónces se fué con Eduardo.

MAN. ¿Adónde?

SABINO. A la alcoba.

MAN. ¡Ah, infames! ¡Bien sospechaba yo! ¡Me engañan! ¡Petra! ¡Petra! *(Vase gritando por la primera puerta izquierda.)*

ESCENA VIII.

SABINO, *y á poco* JOAQUIN.

SABINO. ¡Qué Madrid! ¡Dios mio! ¡Qué Madrid! *(Sale* JOAQUIN.)

JOAQ. ¡Señor!

SABINO. ¡Dios te ampare, hombre!

JOAQ. ¿Otra?

SABINO. ¡Ah, sí! Dame y dispénsame... perdóname... ¡te lo suplico!

JOAQ. ¿Yo? ¿Por qué?

SABINO. Por aquel puntapié...

JOAQ. ¿Cuál?

SABINO. El que hace poco... ¡Ah! ¡Es verdad! Si no fué á éste...

JOAQ. ¡Pobre viejo! ¡Está loco! *(Vase por el foro.)*

SABINO. Este Madrid es capaz de trastornar á cualquiera. Y cuidado, que á mí, á cabeza y á memoria... *(Saca el reloj.)* Las doce. Voy á afeitarme, y voy á casa de la viuda, no sea que ocurra algo. ¡Esa es otra! ¡Qué Madrid! *(Vase por la primera puerta derecha.)*

ESCENA IX.

MANUEL *sale por la primera puerta izquierda, y á poco* PETRA, *por la segunda del mismo lado.*

MAN. No está. No la encuentro en el cuarto de Eduardo... Cuando yo decía... ¿Dónde estará? ¡Petra! ¡Petra! *(Sale Petra.)*

PETRA. ¿Qué te pasa hombre? ¿Por qué gritas?

MAN. ¿Dónde estabas?

PETRA. Con mi madre.

MAN. ¿Con tu madre? ¿Y con quién te fuiste de aquí?

PETRA. Con ella.

MAN. Falsa. ¡Si no sabes mentir! ¡Si te se conoce en la cara!

PETRA. ¿El qué?
MAN. ¡El delito!
PETRA. ¿Qué delito? Vamos, tu estás loco.

ESCENA X.

LOS MISMOS *y* SABINO *que sale y asoma la cabeza por entre las cortinas con una patilla de ménos.*

SABINO. ¿Qué me cuenta usted? (PETRA *y* MANUEL *hablan bajo.*)
PETRA. ¡Qué! ¿Qué has dicho?
MAN. Que no me caso.
PETRA. ¡Ay, Dios mio de mi alma! Los papeles corrientes... el equipo hecho... yo consentida... (*Llorando.*)
SABINO. ¡Consentida! ¿Qué me cuenta usted?
MAN. Toma el ramito de flores que me diste ayer. (*Lo saca del bolsillo.*)
PETRA. ¡Vaya al demonio! (*Lo tira sin mirar y le pega á Sabino.*)
SABINO. ¡Narices!
PETRA. ¿Conque no te casas?
MAN. No.
PETRA. ¡Qué desengaño, Dios mio! ¡Vóy á contárselo á mi madre! (*Váse llorando.*)
MAN. Yo tambien le contaré lo que ha pasado. (*Vanse los dos por la primera puerta izquierda.*)

ESCENA XI.

SABINO, *y á poco* EDUARDO.

SABINO. ¡Qué Madrid! ¡Qué inmoralidad! Isabel, una mujer casada ¡en relaciones con un jóven próximo á casarse! ¡Y el pobre marido tan confiado!... No; la verdad es que el marido trata tambien de tomar la revancha. (*Sigue hablando sólo, y sale* EDUARDO.)
EDUAR. Es preciso buscar casa y mudarnos inmediatamente. Bueno es evitar...
SABINO. Lo dicho; Madrid es...

EDUAR. ¡Hola, don Sabino!
SABINO. ¡Dios le ampare á usted!
EDUAR. ¿Qué?
SABINO. ¡Nada! ¿Hola, Manolito?
EDUAR. (¡Manolito!)
SABINO. ¿Dónde deja usted á su novia?
EDUAR. ¡A mi novia! (¡Averigüemos!) Pues, por ahí anda. Pero, ¿qué ha hecho usted con su cara?
SABINO. Afeitarme, por darle gusto á doña Irene. Estoy mejor así, ¿no es verdad? Más fresco..
EDUAR. Por un lado sí. Pero por el otro...
SABINO. Qué quiere usted decir... ¿que no estoy bien?
EDUAR. Está usted perfectamente...
SABINO. Pues...
EDUAR. ¡Para que le apedreen los chicos!
SABINO. ¿Qué me cuenta usted?
EDUAR. ¡Hombre de Dios! ¡Si no se ha quitado usted más que una patilla!
SABINO. ¿Qué me?.. ¡Calle! ¡Pues es verdad! Oí voces y salí sin acabarme de...
EDUAR. ¿No tiene usted espejo en su cuarto?
SABINO. No he reparado. Yo siempre me afeito sin espejo. Es costumbre que adquirí en campaña.
EDUAR. Buena tiene usted la cabeza, don Sabino.
SABINO. ¡Calle usted, Manolo, calle usted! ¡Si lo que estoy viendo en este bendito Madrid es capaz de volver loco á cualquiera!
EDUAR. ¿Qué ha visto usted? (A ver si averiguo algo.)
SABINO. Pues entre un millon de cosas, he visto aquí, hace un momento, al matrimonio tirándose los trastos á la cabeza.
EDUAR. ¡Los trastos!
SABINO. O las flores; lo mismo da.
EDUAR. ¡Al matrimonio!
SABINO. ¡A Isabel y á Eduardo!
EDUAR. (Ha tomado á Manuel por mí.) ¿Se fijó usted bien en ella?
SABINO. ¿Que si me fijé? ¡Ya lo creo! No me cabe duda. ¡Era Isabel! Yo no me equivoco nunca, Manolo.
EDUAR. ¡Este hombre ve visiones! Pero por el pronto, yo no era. ¿Y qué pasó?

SABINO. Despues de una disputa muy acalorada, y de algunos piropos como «¡Infamia! ¡El delito!..»

EDUAR. ¡El delito!

SABINO. El la dió un ramo de flores, que ella tuvo el acierto de depositar en mis narices. Mírelo usted.

EDUAR. ¡El mismo que tenía anoche Manuel y que á mi mujer le gustaba tanto! (¿Se equivocará este hombre por completo?) ¿Y qué más?

SABINO. Ella, llorando, se fué diciendo... ¡Voy á contárselo á mi tia!

EDUAR. ¡A su tia! Pues no cabe duda... Era Isabel. ¡Infame!

SABINO. Tiene usted razon... Es una infame. En fin, cosas de Madrid. ¡Demonio de olvido! *(Se lleva la mano á la cara y se toca la patilla.)* Voy á quitármela. Tengo que salir. Hasta ahora. (No me contesta.)

EDUAR. (¡Estoy que bramo!)

SABINO ¿Qué me cuenta usted? *(Vase primera puerta derecha.)*

ESCENA XII.

EDUARDO *y á poco* IRENE, ISABEL, PETRA, MANUEL *y despues* SABINO.

EDUAR. ¿Será cierto? Ella le conoció ántes de casarse conmigo... Se tratan con mucha intimidad... ¡Observemos! *(Salen todos, ménos* SABINO, *puerta segunda izquierda.)*

IRENE. ¡Nada, nada! De ninguna manera consiento semejante disparate! Esas son niñerías. ¿A casar tocan? Pues á casarse.

EDUAR. ¿Hay acaso quien se oponga?

PETRA. Manuel... ¿qué dices?

IRENE. ¡Niñerías, niñerías!

EDUAR. (¡El se opone! ¡Algo hay!) *(Sale* SABINO.)

SABINO. Ya estoy listo.

IRENE. ¡Sabino! No digais una palabra. ¿Va usted á salir?

SABINO. Sí, señora... Voy á avisar al señor Aguado, al famoso profesor en... ya sabe usted.

IRENE. De paso avise usted al dentista. ¡No me deja vivir este colmillo!

SABINO. ¿Se decide usted á sacárselo?

IRENE. Sí, señor.

SABINO. Vendrá en seguida, tomaré un coche. Tengo que llegarme á la oficina de Seguros y á la administracion de *La Correspondencia.*

IRENE. ¿Y para qué va usted á tomar un coche, si está todo aquí á la mano?

SABINO. ¡Pist! No importa.

EDUAR. (Yo tengo que ir á la oficina.)

MAN. (¡Yo debo llegarme á despedirme!)

EDUAR. (No quisiera irme y dejar aquí á Manuel.)

MAN. (Quiero hablar con Eduardo.)

EDUAR. ¿Quiére usted hacerme un favor? *(A don Sabino.)*

SABINO. Con mucho gusto.

EDUAR. Tenemos que ver una casa que nos han indicado, y quisiera dijese usted al director que me dispense por hoy.

SABINO. Así lo haré.

MAN. (Busca escusas para quedarse aquí.) Yo no pienso volver más á *La Correspondencia.* ¡Don Sabino!

SABINO. Mande usted.

MAN. Ya que tiene usted que ir á renovar la suscricion, hágame usted el favor de decir, de mi parte, que no vuelvo más; que no me conviene ese empleo.

SABINO. Será usted servido. ¿Usted se llama... Eduardo?... *(Saca un libro de memorias.)*

EDUAR. García.

SABINO. ¿Y usted... Manuel?...

MAN. Rodriguez.

SABINO. Eso es. Así no hay miedo de que se me olvide. «Señor Rodriguez y señor García.» Y usted, ¿tiene algo que mardarme?

IRENE. Que no tarde usted mucho, porque tenemos que ir a la vicaría. ¡Es indispensable!

SABINO. ¿Qué me cuenta usted?

IRENE. ¿Pues no lo sabe?

SABINO. ¿No lo he de saber? A mí no se me olvida nunca nada. ¡Hasta luégo! (¿Qué encargo me hicieron, señor, que encargo me hicieron?) *(Vase pensativo por el foro.)*

ESCENA XIII.

DICHOS, *ménos* SABINO.

IRENE. Les he suplicado el silencio, porque no parece bien los altercados domésticos delante de una persona que va á ingresar en la familia como cabeza de ella.

ISABEL. Eso es lo que yo digo.

PETRA. Y yo tambien. Pero Manuel es tan celoso...

IRENE. Tenga usted presente que dentro de poco va á ser el papá político de su mujer. *(A Manuel.)*

MAN. Eduardo tiene la culpa.

EDUAR. La culpa es de usted.

IRENE. ¡Vamos á ver! ¿Qué ha pasado?

ISABEL. Que den sus razones.

PETRA. Esplíquense ustedes.

MAN. Es el caso, que este caballero gasta muchas bromitas con mi futura.

EDUAR. ¿Yo?

ISABEL. ¿Eduardo gastar bromas? Hijo ¡Si es un puercoespin! Me consta.

MAN. Pues con ella es un borrego.

EDUAR. ¡Hágame usted el favor de no poner motes de esa especie á un hombre casado!

MAN. ¿Y la tiernísima escena que tuvieron aquí hace poco?

PETRA. ¿Cuál?

MAN. Aquella que terminó marchándoos los dos solitos por allí. (*Señalando á la primera puerta de la izquierda*)

ISABEL. Si quien estuvo hablando con él aquí fuí yo.

IRENE. ¿Quién se lo dijo á usted?

MAN. Don Sabino, inocentemente.

EDUAR. Pues él tambien, y con la mayor inocencia, me dijo que había sorprendido en celosa disputa á Manuel y á Isabel, y aquí está la prueba.

PETRA. Es el ramo que me devolvió Manuel y que yo tiré.

IRENE. ¿Quién se lo ha dado á usted?

EDUAR. Don Sabino.

ISABEL. ¡Ese hombre es una calamidad!

EDUAR. ¡Yo le rompo algo!
IRENE. No. ¡Hágame usted el favor de no romperle nada! Es una buena persona, y sobre todo un gran fisonomista. Me consta. ¿A que no me equivoca á mí?
ISABEL. (No es fácil.)
IRENE. ¡Tengan ustedes más cordura, y basta de disgustos infundados!
ISABEL. ¡Ni con un candil, se encuentran dos hombres más celosos!
PETRA. ¡Ni más rabiosos!
MAN.. El celoso, es el señor.
EDUAR. Usted.
ISABEL. ¡Los dos!
PETRA. ¡Sí! Los dos.
ISABEL. Despues de un año de cesantía, ahora que hemos conseguido un buen destino y que podíamos vivir como dos ángeles, este señorito, con sus celosas manías, nos hace vivir como dos demonios.
IRENE. Sólo hace dos dias que llegaron de Valladolid, y se han tratado poco. El se enmendará y usted tambien. ¿No es verdad Manolito?
MAN. Por mi parte...
EDUAR. Yo por mí...
IRENE. Ellos serán amigos.
ISABEL. Y á todo esto, ¿has visto la casa?
EDUAR. No.
ISABEL. ¡Para cuándo lo dejas?
EDUAR. Iré ahora mismo, si quieres.
IRENE. ¡Así me gusta á mí! Los maridos condescendientes. Acompáñelos usted, Manolito.
MAN. ¡Yo!
PETRA. ¡Anda hombre, no seas tan arisco!
MAN. Iré, ya que usted se empeña. ¡Como si no pudiera ir solo!
EDUAR. ¡Maldita la falta que me hace tu compañía! Hasta luégo.
MAN. Hasta ahora.
JSABEL. La casa está ahí enfrente.
IRENE. Vayan ustedes, que nosotras tenemos mucho que arreglar. (*Vanse* EDUARDO *y* MANUEL.

PETRA. Voy á poner en agua este ramito, á ver si vuelve á revivir.

ISABEL. Las flores del amor reviven siempre. *(Vanse por la segunda puerta izquierda.)*

IRENE. ¡Ay! ¡Qué punzadas me da el colmillo! ¡Qué ganas tengo de que me lo saquen! *(Vase por la izquierda.)*

ESCENA XIV.

JOAQUIN, EL SEÑOR AGUADO, *por el foro.*

JOAQ. Sírvase usted esperar un momento.

AGUAD. Esperaré.

JOAQ. Voy á pasar recado. *(Vase segunda puerta izquierda.)*

ESCENA XV.

EL SEÑOR AGUADO.

Pues señor, heme aquí lanza en ristre, dispuesto á aumentar, con el auxilio de la ciencia, el número de los españoles ó de las españolas, porque no sabemos todavía lo que será. ¡A cuántos he sacado á luz! El gobierno debiera darme un premio por tanto hijo como he ayudado á dar á la patria. ¡Premio dije! ¡Sí, sí! ¡Buenos están los tiempos para premiar á los comadrones!

ESCENA XVI.

EL SEÑOR AGUADO DOÑA IRENE *y* JOAQUIN.

IRENE. ¿Qién es?

JOAQ. Un señor que viene de parte de don Sabino. *(Vase por el foro.)*

AGUAD. Esta será la mamá. ¡A los pies de usted!

IRENE. ¡Beso á usted la mano!

AGUAD. Creo que es aquí donde se me ha mandado venir.
IRENE. ¿Le ha avisado á usted don Sabino?
AGUAD. Sí, señora.
IRENE. Pues aquí es.
AGUAD. Una señora, viuda de un coronel...
IRENE. ¡Justamente!
AGUAD. Que se llama...
IRENE. Doña Irene.
AGUAD. ¡Eso es! Doña Irene. ¿Tiene usted la bondad de conducirme?
IRENE. ¿Adónde? Aquí estamos bien. Adentro están las chicas, y pudieran afectarse. Una operacion, por pequeña que sea...
AGUAD. ¡Ah! ¿Conque hay que operar? Pues no perdamos tiempo. ¿Donde está esa señora?
IRENE. Soy yo, caballero.
AGUAD. ¿Usted? *(Mirándola de arriba abajo con asombro.)*
IRENE. ¡Yo! ¿No le manda á usted don Sabino Buenojo?
AGUAD. ¡Efectivamente! Pero...
IRENE. Pues yo soy. Y acabe usted pronto, porque no puedo más. *(Poniéndose la mano en la cara.)*
AGUAD. ¡Y se tapa la cara! ¡Ya! ¡Es que se ruboriza!... ¡Como es tan vieja!...
IRENE. ¡Vamos hombre!
AGUAD. ¿Será esta mujer? No he visto fenómeno semejante. ¡Si parece mentira! ¿Usted se llama?...
IRENE. Irene.
AGUAD. ¿Pero es usted viuda?
IRENE. Sí hombre, sí: viuda hace veinte años.
AGUAD. ¡Veinte años!
IRENE. Pero ¿qué tiene que ver?
AGUAD. ¡Efectivamente que no tiene que ver!
IRENE. Seis me han sacado ya, desde que se murió mi marido.
AGUAD. ¡Aprieta!
IRENE. ¿Con qué opera usted? ¿Con la dentuza, ó con la llave inglesa? Yo prefiero la dentuza.
AGUAD. Pero sepamos, ¿qué quiere usted que la saque?
IRENE. ¿Qué ha de ser? Este colmillo.

AGUAD. ¡Acabáramos! Señora, yo no soy sacamuelas.
IRENE. ¿Pues qué es usted?
AGUAD. Comadron.
IRENE. ¡Ave María Purísima! (*Saltando de la silla.*)
AGUAD. Me dijeron que estaba usted en estado interesante.
IRENE. ¡Yo!
AGUAD. ¡Sí, señora, usted!
IRENE. ¡Dios mio! ¡Mi honor por esas calles de boca en boca!... ¿Quién se lo ha dicho á usted?
AGUAD. ¡Don Sabino!
IRENE. ¡El! ¡De quien menos lo creyera!

ESCENA XVII.

DICHOS, ISABEL *y* PETRA *por la segunda puerta izquierda.*

PETRA. ¿Qué es eso, mamá?
ISABEL. ¿Qué le pasa á usted, tia?
IRENE. Que este hombre venía á... No quiero decirte á lo que venía. (*A* PETRA.)
AGUAD. Conque, señora, yo me retiro. Siento no haberla podido dar una prueba de mi habilidad. En fin, otra vez será.
IRENE. ¡Es posible! ¡Sí! Otra vez será.
AGUAD. En esta misma calle, número quince, tienen ustedes su casa.
IRENE. ¡Gracias!
AGUAD. ¡Señoras! (¡Este si que ha sido un mal parto!) (*Vase por el foro.*)

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS *ménos* EL SEÑOR AGUADO; *á poco* EDUARDO *y* MANUEL, *y despues* DON SABINO.

IRENE. ¡Ay, qué hombre! ¡En qué compromiso me ha puesto! (*Salen* EDUARDO *y* MANUEL.)
EDUAR. La casa está ya tomada.
MAN. Paseo inútil.
IRENE. ¡Jesus! ¡Qué vergüenza!

EDUAR. ¿Cuál?
IRENE. La que he pasado con ese hombre que acaba de salir.

EDUAR. }
ISABEL. } ¿Pues qué?

IRENE. Don Sabino, por mandarme al dentista, me ha mandado al comadron.

ISABEL }
EDUAR. } ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Tiene gracia!

MAN. ¿Otra equivocacion de don Sabino?
IRENE ¡Y gorda!
PETRA. ¡Ay mamá, qué miedo tengo de que te cases con un hombre que todo lo equivoca!
IRENE. Pues precisamente, ahora más que nunca debo casarme. Mi honor anda en lenguas. Cuando le vea... ¡le araño! (*Sale* DON SABINO.)
SABINO. ¡Aquí estoy ya!
IRENE. ¡Le esperaba con ansia!
SABINO. ¿Qué me cuenta usted?
IRENE. (¡Ahora verás!)
SABINO. En un cuarto de hora he hecho todos mis encargos, y como yo acostumbro.
MAN. ¿Ha estado usted en *La Correspondencia*?
SABINO. Sí, señor. Dispensado por hoy.
EDUAR. (¡Ay, Dios mio!) ¿Y en la oficina de seguros?
SABINO. Aceptada su dimision.
EDUAR. ¿No lo dije?
MAN. Ya me lo esperaba yo.
SABINO. ¿Le sacaron á usted aquello?
IRENE. La lengua es la que le voy á sacar á usted, si no se casa conmigo inmediatamente.
SABINO. ¿Qué me cuenta usted?
IRENE. ¿A quién me ha mandado usted á casa?
SABINO. Al dentista.
IRENE. ¡Al comadron!
SABINO. ¿Qué me cuenta usted?
EDUAR. A mí me ha dejado usted cesante.
SABINO. ¡Casualidad! Hoy es dia de casualidades. En fin, señores, yo...
IRENE. Ha dicho usted que estoy... (*Le habla bajo.*)
SABINO. ¿Qué me cuenta usted? En fin, señores, yo repararé todas mis faltas.

IRENE. Pues empiece usted por reparar la mia. ¿Petra? Dame ese velo... ¡Vamos! (*Tomando del brazo á* SABINO.)
SABINO. ¿Adónde?
IRENE. Á la vicaría.
SABINO. Vamos allá.
IRENE. Tú, niña, irás mañana. Lo mio no tiene espera. Andando. (*Suben al foro y sale* JOAQUIN *con un telegrama.*)



ESCENA XIX.

LOS MISMOS *y* JOAQUIN.

JOAQ. ¿Don Sabino Buenojo?
SABINO. Venga. (*Toma el telegrama y lee.*) «Ven pronto. Estoy algo delicada. No te vengas sin el pito.— Aquí cstá el encargo que me hicieron.—Tuya, *Manuela.*»
TODOS. ¿Eh?
IRENE. ¿Quién es esa Manuela?
SABINO. Mi mujer.
TODOS. ¡Su mujer!
IRENE. ¡Asesino! ¡Agua! ¡Aire!.. ¡Yo me muero! (*Cae en un sillon desmayada.*)
PETRA. ¡Mamá!
ISABEL. ¡Pero hombre! ¿Es posible que se le olvidara á usted que es casado?
SABINO. Señora, ¡si hace veinte años! ¿Quién se acuerda ya de eso?
EDUAR. Márchese usted ántes de que vuelva en sí, porque sino, ¡lo mata!
SABINO. ¿Qué me cuenta usted?
PETRA. ¡Sí, que se vaya!
SABINO. Voime. ¿Me hace usted el favor de darme el pito? (*A* ISABEL.)
ISABEL. Tome usted. (*Lo toma de encima de la mesa.*)
SABINO. Ya ve usted, mi mujer me encarga que no me vaya sin él. (*Todos forman corro al derredor de* DOÑA IRENE. SABINO *se dirige al público despues de*

un medio mútis.) ¡Ah! Se me olvidaba que estaban ustedes ahí.

¡Perdonen mi distraccion!
Y aun cuando olvidar intente
su benévolo perdon,
lo llevaré eternamente
grabado en el corazon.



FIN DEL JUGUETE.

Irene — Sta Elena
Isabel — Simo
Elena — [illegible]
Serafina — Sa Bernarda
Eduardo — Gomez
Manuel — Salvador
Ignacio — Rosa
Gregoria — Garcia

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librería de los Sres. Viuda é hijos de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares á esta casa, acompañando su importe en letras de fácil cobro ó sellos de comunicaciones, sin cuyo requisito no serán servidos.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librería de los Sres. Viuda é hijos de Cuesta, cal'e de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares á esta casa, acompañando su importe en letras de fácil cobro ó sellos de comunicaciones, sin cuyo requisito no serán servidos.